
ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Chipre: ante el castillo.

Entran OTELO y YAGO.

YAGO. ¿Qué os parece?

OTELÓ. ¿Parece, Yago?

YAGO. ¡Vaya!
Besar á ocultas.

OTELÓ. ¡Clandestinos besos!

YAGO. ¿Ó yacer en el lecho con su amigo
Una ó dos horas sin malicia alguna?

OTELÓ. ¿Yago, en el lecho y sin malicia alguna?
Hipocresía contra el diablo es esa.
De los que, amando la virtud, tal hacen,
El diablo tienta la virtud, mas ellos
Al cielo tientan.

YAGO. Pues si mal no hicieren,
Falta es esa venial. Mas si regalo
Á mi esposa un pañuelo...

OTELÓ. Continúa.

- YAGO. Nada. Es suyo, señor; y, siendo suyo,
Puede esa prenda dar á quien le plazca.
- OTELO. De su honra también ella es custodio;
Y ¿puede darla acaso?
- YAGO. La esencia de la honra es invisible,
Y la suele tener quien no la tiene;
Pero en cuanto al pañuelo...
- OTELO. ¡Á fe que con placer lo olvidaría!
Tú me dijiste—¡ay Dios! á mi memoria
Revoleando llega como cuervo
Que augura males á la infecta casa—
Que él tiene mi pañuelo.
- YAGO. Mas ¡qué importa!
- OTELO. ¿Te parece eso bien?
- YAGO. ¿Qué, si os dijera
Que yo le ví faltaros, ó decirlo?
Hay en el mundo infames que por causa
De asiduo cortejar, ó por la fuerza
Del espontáneo amor de sus queridas,
Las vencen ó secundan. ¡Y hablan luégo!
- OTELO. ¿Ha dicho algo?
- YAGO. Sí, señor, ha dicho.
Pero se desdirá; yo os lo aseguro.
- OTELO. ¿Qué dijo?
- YAGO. Á fe, que conseguido había.
No sé qué ha conseguido.
- OTELO. ¿Qué, qué?
- YAGO. De ella.
- OTELO. ¿De ella?
- YAGO. De ella ó con ella; como os plazca.
- OTELO.—¿De ella? ¿Con ella? ¡De ese modo se anuncia
cuando nos venden! ¡Oh podredumbre! ¡Que confiese! ¡Que
lo ahorquen por tal hazaña! ¡Que lo ahorquen primero y
que luégo confiese! ¡Me estremezco de pensarlo! ¡La hu-

mana naturaleza no puede, sin causa, revestirse de tan asombrosa ira! ¡No son palabras las que así me conmueven! ¡Bah! Nariz; oídos; labios. ¿Es posible? ¡Confesión! ¡Pañuelo! ¡Oh Lucifer! (Cae en un vértigo.)

YAGO. Adelante, adelante, medicina.
Así al crédulo imbécil se aprisiona;
Y dignas, puras é inocentes damas
Así también se pierden. ¡Hola! ¡Vamos!
¡Señor! ¡Señor! ¡Oteló!

Entra CASIO.

Casio amigo.

CASIO. ¿Qué ocurre?

YAGO. Con el vértigo está el jefe.

Este es repetición: ayer lo tuvo.

CASIO. Sus sienas restregad.

YAGO. De ningún modo:

El síncope seguir su curso debe;

Ó echando espumarajos por la boca,

En salvaje demencia se desata.

Mirad. Se mueve. Retiraos un rato.

Pronto se repondrá. Cuando se ausente

Hablaros quiero de importante asunto.

(Vase Casio.)

¿Cómo va, general? Tenéis herida

La cabeza tal vez?

OTELO. ¿De mí te burlas?

YAGO. ¿Burlarme? ¡No por Dios! Vuestra desgracia

Ojalá conllevarais vos cual hombre.

OTELO. El hombre deshonorado es fiera y monstruo.

YAGO. Pues muchas fieras en ciudades viven,

Y muchos mansos monstruos.

OTELO. ¿Lo confiesa?

YAGO. Señor mío, sed hombre. Ved que yunta

Pudiera hacer con vos cualquier persona
 De pelo en pecho al propio yugo uncida.
 Millones hay que al acostarse juzgan
 Que es suyo sólo el lecho deshonorado.
 Vuestro caso es mejor. ¡Oh! del infierno
 Blanco es uno; juguete del demonio,
 Si á la impura mujer juzgada casta
 Besamos en el lecho consagrado.
 Sépalo yo; que así, pues me conozco,
 Sabré lo que será.

OTELO. Discreto eres.

YAGO. Ahora allí quieto estad; y, resignado,
 Sed simple espectador entre barreras.
 Cuando ha poco os turbó la pena el juicio,
 Pasión que no se amolda con tal hombre,
 Casio llegó: roguéle que se fuera,
 Por razón del letargo que os turbaba;
 Añadiendo que luego aquí conmigo
 Viniera á hablar. Ha prometido hacerlo.
 Oculto ved sus gestos y sus muecas,
 Y la expresión patente de su escarnio
 Cuando repita el cuento, y diga dónde,
 Y cómo, y desde cuándo y cuántas veces
 Se vieron él y vuestra esposa: digo
 Que contempléis con calma su semblante.
 Vaya. Tened paciencia, ó caprichoso
 Y hombre de escaso temple he de llamaros.

OTELO. Yago, escucha: paciencia y disimulo
 Parejas correrán. Sí; mas escucha,
 Será cual mi paciencia mi venganza.

YAGO. Está bien; sed prudente, retiraos.

(Oteló se retira.)

Hablo á Casio de Blanca, mujerzuela
 Que vendiendo favores come y viste.

Apasionada está de Casio: suelen
 Cautivar á infinitos estas mozas,
 Y cautivarlas uno. Cuando escuche
 Hablar de esa mujer, reirá de fijo.
 Ahí viene: contemplando sus sonrisas
 Loco Oteló se vuelve de seguro;
 Y, en sus celos estúpidos, achaca
 A falso origen las sonrisas, gestos
 Y ademanes sardónicos de Casio.

Vuelve á entrar CASIO.

Teniente, ¿cómo os va?

CASIO. Peor que nunca,
 Pues título me dais cuya carencia
 Me mata.

YAGO. Suplicad para obtenerlo
 Á Desdémona. Presto concluiría
 (Hablando quedo.)

Vuestro pleito, si Blanca sentenciara.

CASIO. ¡Pobrecilla criatura!

OTELO. (Aparte.) Ya se ríe.

YAGO. Nunca he visto á mujer que quiera tanto.

CASIO. ¡Ah, pobre chica! La infeliz me quiere.

OTELO (Aparte.) Débilmente lo niega y se sonríe.

YAGO. Casio, escuchad.

OTELO. (Aparte.) Le ruega en este instante
 Que lo repita. Sigue; bien: bien dicho.

YAGO. Se ha dejado decir que vos con ella
 Os casaréis al fin. ¿Es eso cierto?

CASIO. ¡Ja, ja!

OTELO. (Aparte.) ¡Triunfas, Romano, dime, triunfas?

CASIO.—¡Casarme yo con ella! ¡Vaya una parroquiana! Os
 ruego que tengáis más caridad para con mi entendimiento
 y no lo juzguéis tan enfermizo. ¡Ja, ja, ja!

OTELO.—(Aparte.) ¡Bien, bien, bien! Quienes ganan ríen.

YAGO.—Pues la voz pública afirma que, en verdad, os casáis.

CASIO.—¡Por favor! ¿De veras?

YAGO.—Creedme amigo desleal, si no.

OTELO.—(Aparte.) ¿Me resellaste tú? Bueno.

CASIO.—Eso es lo que dice esa chicuela. Cree que con ella me voy á casar por razón de su propio cariño y vanidad, mas no porque yo le haya hecho promesa alguna.

OTELO.—(Aparte.) Yago me llama. Ahora principia el cuento.

CASIO.—Aquí estaba hace poco. Me acosa en todas partes. El otro día me hallaba en la playa conversando con unos venecianos, y la muy muñeca se abalanzó á mi cuello, así...

OTELO.—(Aparte.) Exclamando, ¡Oh querido Casio! como si dijéramos. Así lo implica su gesto.

CASIO.—Y apoyándose en mí y colgándose de mí, llora y tira y hala de mí. ¡Ja, ja, ja!

OTELO.—(Aparte.) Ahora le cuenta cómo le invita á mi alcoba. ¡Oh, veo tu nariz, pero no al perro á quien la he de arrojar!

CASIO.—No hay más remedio que separarme de ella.

YAGO.—¡Antes que de mí! Mirad, ahí viene.

CASIO.—Vaya un gato montés, y aun perfumado.

Entra BLANCA.

¿Por qué me acosas de este modo?

BLAN.—Acósente el diablo y su abuela. ¿Cuál era tu intención al darme hace poco aquel pañuelo? ¡Valiente necia fuí en recibirlo! ¿Y que lo imite? ¡Fácil es que te hayas encontrado semejante prenda en tu cuarto sin saber quién te la dejó! Es don de alguna querida tuya. ¿Y yo he de imitarlo? Toma; dáselo á tu tarasca. Venga de donde venga, no lo imito.

CASIO.—Vamos, querida Blanca; vamos, vamos.

OTELO.—(Aparte.) ¡Vive Dios, parece mi pañuelo!

BLAN.—Si quieres, ven á cenar conmigo esta noche; si no, ven cuando te dé la gana. (Vase Blanca.)

YAGO.—Seguidla, seguidla.

CASIO.—A fe que tengo que hacerlo ó alborotará la calle.

YAGO.—¿Cenáis con ella?

CASIO.—Tal pienso.

YAGO.—Pues bien: quizá yo os vea, porque deseo hablaros.

CASIO.—Os ruego que vengáis. ¿Vendréis?

YAGO.—Basta. No hablemos más. (Vase Casio.)

OTELO.—(Adelantándose.) ¿Cómo lo asesino, Yago?

YAGO.—¿Visteis cómo se reía de su delito?

OTELO.—¡Oh, Yago!

YAGO.—¿Y visteis el pañuelo?

OTELO.—¿Era el mío?

YAGO.—El vuestro, os lo juro. ¡Y ver el aprecio que hace de esa necia de vuestra esposa! ¡Ella se lo regala, y él lo regala á su querida!

OTELO.—Nueve años lo estaría matando. ¡Bella mujer! ¡Cándida mujer! ¡Dulcísima mujer!

YAGO.—Nada, olvidadlo.

OTELO.—Sí; que se pudra, que perezca y que se condene esta noche, porque no vivirá. No; trocése mi corazón en piedra. Le golpeo y me hiere la mano. ¡Oh! no existe criatura más gentil en este mundo. Yacer pudiera junto á un emperador y ordenarle empresas.

YAGO.—¡Vaya! No sois el mismo.

OTELO.—¡Maldita sea! Digo sólo lo que es. ¡Con la aguja tan hábil! ¡Tan entendida en la música! ¡Oh, su voz aman-saría á una fiera! ¡De tan elevado y exquisito ingenio! ¡De tanta inventiva!

YAGO.—Peor, por eso mismo.

OTELO.—¡Oh, sí! ¡Mil veces! ¡Mil veces! ¡Y de tan blanda condición!

YAGO.—Sí, demasiado blanda.

OTELO.—¡Sí, es verdad! Pero, sin embargo, ¡qué lástima, Yago! ¡Oh, Yago! ¡Qué lástima, Yago!

YAGO.—Si así os condeléis de su iniquidad, dadle patente para faltar. Como no os ofenda á vos, nadie tiene que ver con eso.

OTELO.—La haré trizas. ¡Deshonrarme!

YAGO.—¡Oh, es una infamia!

OTELO.—¡Con un subordinado!

YAGO.—Mayor infamia aún.

OTELO.—Procúrame un veneno, Yago, esta noche. No discutiré con ella; no sea que su aspecto y su belleza trastornen otra vez mi mente. Esta noche, Yago.

YAGO.—No la envenenéis; ahogadla en el lecho. En el mismo lecho que ha deshonrado.

OTELO.—Bien, bien; esa justicia me agrada; muy bien.

YAGO.—Y en cuanto á Casio, yo seré su enterrador. Sabréis más á media noche.

OTELO.—Perfectamente. ¿Qué clarín es ése?

(Clarines dentro.)

YAGO. Noticias de Venecia, de seguro.

Es Ludovico, á quien el Dux envía;

¡Y ved! Con él se acerca vuestra esposa.

Entran LUDOVICO, DESDÉMONA y acompañamiento.

LUD. Guárdeos Dios, general.

OTELO. Señor, por siempre.

LUD. Por mí el Dux y el Senado de Venecia

Os saludan. (Le da un pliego.)

OTELO. Yo beso su mandato.

(Abre el pliego y lee.)

DESD. Pariente Ludovico, ¿qué noticias?

- YAGO. A Chipre bien venido. Gozo en veros.
- LUD. Mil gracias, ¿y el teniente Casio?
- YAGO. Vive.
- DESD. De mi señor, crüel desavenencia
Lo aparta, mas podréis vos arreglarla.
- OTELO. ¿Y tan seguro es eso?
- DESD. Dueño mío.
- OTELO. «Y cuidad de cumplir lo que se os dice.»
(Leyendo.)
- LUD. No os llamaba. Se ocupa en la lectura
Del papel. ¿Mas riñeron él y Casio?
- DESD. Sí, por desgracia; y yo para avenirlos,
Por el amor de Casio, mucho hiciera.
- OTELO. ¡Ira de Dios!
- DESD. Señor.
- OTELO. ¿Eres discreta?
- DESD. ¿Está enojado?
- LUD. Puede que la carta
Le irrite, pues me pienso que le dicen
Que torne, y Casio su lugar ocupe.
- DESD. ¡Pues á fe que me alegro yo!
- OTELO. ¿De veras?
- DESD. Señor.
- OTELO. Celebro el encontrarte loca.
- DESD. Mi dulce Oteló.
- OTELO. ¡Lucifer! (Golpeándola.)
- DESD. Tal trato
No merecí jamás.
- LUD. Este suceso
No es fácil que en Venecia se creyera,
Señor, aunque jurara haberlo visto.
Es por demás. Satisfacedla. Llorá.
- OTELO. ¡Oh Lucifer! ¡Oh Lucifer! ¡Regado
De llanto femenil el universo,

Un caimán cada lágrima sería.
Apártate.

DESD. Me iré por no ofenderte. (Yéndose.)

LUD. Dama humilde en verdad. Señor, suplico
Que la llaméis.

OTELO. Mujer.

DESD. Señor.

OTELO. ¿Con ella

Qué queréis?

LUD. ¿Yo, señor?

OTELO. Sí: ¿no dijisteis

Que la hiciera tornar? Torna bien pronto:

Torna, señor; y al proseguir, retorna:

Y llora, sí señor; y es cierto

Que es sumisa, sumisa, muy sumisa.

Sigue llorando tú. Tocante el caso,—

¡Oh bien fingida pena!—que retornen

Me ordenan.—Véte: te veré más tarde.—

La orden, señor, acato, y á Venecia

Me apresuro á partir.—Aparta, véte.—

(Vase Desdémona.)

Casio ocupe mi puesto; y esta noche

Espero que cenemos en compañía:

Muy bien venido á Chipre.—¡Cabras! ¡Jimios!

(Vase.)

LUD. ¿Es este el noble Moro que el Senado

Llama la perfección? ¿El sér tan noble

A quien jamás la cólera perturba?

¿Aquel en cuyo espíritu no hiere

El fiero proyectil de la desgracia,

Y de la suerte el dardo no penetra?

YAGO. ¡Es mucha su mudanza!

LUD. ¿Pero sano

Su juicio está? Decid: ¿no está demente?

YAGO. El es quien es. Ni aun exhalar censuras
Me toca; mas que sea ¡plegue al cielo!
Lo que debe de ser, si tal no fuere.

LUD. ¡Maltratar á su esposa!

YAGO. ¡Por mi vida!

Eso no estuvo bien; pero ¡Dios haga
Que ese golpe el peor de todos sea!

LUD. ¿Acostumbra á tratarla de ese modo,

O es falta que nació de la lectura

De aquella carta y que excitó su sangre?

YAGO. ¡Válgame Dios! Ni debo hablar siquiera
De lo que he visto y sé. Mas observado,
Y ya veréis quién es por su conducta,
Ahorrándome de hablar: ahora seguidle,
Y observad lo que haga.

LUD. Dolor me causa contemplar mi yerro.

ESCENA II.

Habitación en el castillo.

Entran OTELO y EMILIA.

OTELO. ¿Tú nada viste, pues?

EMIL. Ni nada oído;

Ni sospeché jamás.

OTELO. Sí, pues que viste

A ella y Casio reunidos.

EMIL. Pero nunca

Ví en ello mal, pues las palabras todas

Oí de sus recíprocos alientos.

OTELO. ¿Qué, nunca hablaban en secreto?

EMIL. Nunca.

OTELO. ¿Ni te mandaban retirar...

EMIL. No, nunca.

OTELO. Para traer sus guantes, su abanico,
O acaso su antifaz ó cualquier cosa?

EMIL. Nunca, señor.

OTELO. ¡Extraordinario es eso!

EMIL. Es honrada, señor: apuesto el alma.
Si otra cosa pensáis, esas ideas,
Que vuestra mente ofuscan, arrancaos.
La maldición de Dios á la serpiente,
Alcance al vil que os infundió tal duda.
Si honrada, casta y fiel ella no fuera,
No existe hombre feliz: es más infame
Que la calumnia la mejor esposa. (Vase Emilia.)

OTELO. Dile que venga. Véte.—Poco dice;
Y eso debe decir cualquier tercera.
Prostituta sutil; arca cerrada,
Que guarda los secretos más infames.
Y se arrodilla y reza. Yo lo he visto.

Vuelve á entrar EMILIA con DESDÉMONA.

DESD. Señor, ¿qué ordenas?

OTELO. Ven aquí, querida.

DESD. ¿Cuál es tu voluntad?

OTELO. Verte los ojos:

Mírame cara á cara.

DESD. ¿Qué terrible

Capricho?...

OTELO. Tú, mujer, á tus quehaceres.

Deja á los novios solos. Véte y cierra; (A Emilia.)

Y avisa ó tose si se acerca alguno.

Tu obligación: tu obligación; y pronto.

(Vase Emilia.)

DESD. De rodillas lo pido. ¿Tus acciones

Qué implican? El furor de tus palabras
Comprendo; tus palabras no comprendo.

OTELO. Dime, ¿quién eres tú?

DESD. Señor, tu esposa,
Tu esposa amante y fiel.

OTELO. Pues á jurarlo,
Condénate: no sea que el demonio,
Tan igual á los ángeles al verte,
Arrebatarte tema. Por lo tanto,
Dos veces vas á condenarte. Jura
Que eres honrada.

DESD. ¡Bien lo sabe el cielo!

OTELO. ¡Que eres más falsa que el infierno sabe!

DESD. ¡Falsa, señor! ¿A quién, con quién, y cómo?

OTELO. ¡Ay Desdémona! Véte, véte, véte.

DESD. ¡Ay Dios! ¡Hora funesta! ¿Por qué lloras?
¿Y soy yo de esas lágrimas la causa?
Si sospechas que culpa de mi padre
Es que volver te ordenen, no me inculpes:
Si lo perdiste tú, yo lo he perdido.

OTELO. Si con desgracias le pluguiera al cielo
Probarme á mí, y á mi desnuda frente
Arrojara catástrofes y oprobios;
Si en profunda pobreza me sumiera;
Si mi cuerpo y mis dulces esperanzas
Cautivas viese, siempre algún consuelo
Del alma en un rincón encontraría.
Mas ¡ay! ¡ser blanco vil adonde apunte
El dedo del escarnio torpe y fijo!...
¡Oh! ¡Oh!
Aun eso sin quejarme soportara.
Mas de allí donde tengo acumulado
Todo mi corazón, donde por fuerza
He de vivir, ó no vivir, la fuente

De donde mana la existencia mía,
 O seca está, de allí ser arrojado,
 Ó conservarla cual cisterna impura,
 Donde sapos inmundos se propaguen...
 ¡Paciencia! aquí dirige tu mirada,
 Oh joven querubín de rojos labios,
 Y expresión infernal tendrá tu rostro.

DESD. Sin duda honrada mi señor me juzga.

OTELO. ¡Oh, sí! Cual esas moscas que en esto
 Al matadero acuden y que ahijan
 El hálito del viento. Mala yerba
 De bellad exquísita, cuyo aroma
 Embarga la razón, ¿por qué naciste?

DESD. ¡Ah! ¿Qué falta, ignorante, he cometido?

OTELO. ¡En tal papel, en libro tan hermoso
 Que la palabra adúltera se lea!
 ¿Qué has cometido tú? ¿Qué has cometido.
 Mujerzuela infeliz? ¡Oh! Mis mejillas
 Fraguas son; y al hablar de tus acciones
 Reducen á cenizas mi modestia.
 ¿Qué has cometido? Con disgusto el cielo
 Su rostro aparta. Ni lo ve la luna;
 Y el impúdico viento que acaricia
 Cuanto á su paso encuentra, en las entrañas
 De la tierra se oculta por no oirlo.
 ¿Qué has cometido tú, procaz ramera?

DESD. ¡Me injurias!

OTELO. Pero, dime, ¿no lo eres?

DESD. No; te lo juro por mi fe cristiana;
 Si este vaso guardar para mi dueño,
 Libre del tacto de otra mano impura,
 Es no serlo jamás, jamás lo he sido.

OTELO. ¡Cortesana no eres!

DESD. No; lo juro.

OTELO. ¡Es posible!

DESD. ¡Que el cielo nos perdone!

OTELO. Siendo así, disimula. Te creía
La astuta cortesana de Venecia
Que casó con Oteló. Tú, criatura,

Vuelve á entrar EMILIA.

Cuyo oficio es contrario al de San Pedro,
Y que las puertas del infierno guardas,
Tú, tú, sí, tú. Ya todo ha concluído.
Toma, toma dinero por tu cargo.
Ahora cerrad las puertas, y silencio. (Vase.)

EMIL. Pero ¿qué piensa este señor, señora?
¿Cómo estáis como estáis, mi dulce ama?

DESD. Medio dormida á fe.

EMIL. Mas ¿qué ha ocurrido,
Señora, á mi señor?

DESD. ¿A quién?

EMIL. Es claro:

A mi señor, señora.

DESD. ¿Quién es ése?

EMIL. Quien es vuestro señor, dulce ama mía.

DESD. Señor no tengo, Emilia: no me hables:
Llorar no puedo; y lágrimas tan solo
Deben ser mi respuesta. Te suplico
Que extiendas esta noche sobre el lecho
Mis sábanas nupciales: no lo olvides;
Y á tu marido llama.

EMIL. ¡Vaya un cambio!

(Vase.)

DESD. ¡Justo será que así me trate! ¡Justo!
¿Qué puedo yo haber hecho que mi falta
Pueda haber dado origen á sus dudas?

Vuelve á entrar EMILIA con YAGO.

YAGO. ¿Qué me queréis y cómo os va, señora?

DESD. No lo sé. Dulcemente al tierno niño
Se le enseñan las fáciles tareas;
Pudo así reprocharme. Tierno niño
Para el reproche soy.

YAGO. Pero ¿qué ocurre?

EMIL. Ramera su señor la llama, Yago.
¡Ay Dios! y tanta hiel y tanta ofensa
Sobre ella acumuló, que no es posible
Que lo soporte la honradez.

DESD. ¿Merezco
Esa palabra, Yago?

YAGO. ¿Qué palabra?

DESD. La que ella dice que mi dueño ha usado.

EMIL. Ramera la llamó; no aplicaría
Un mendigo beodo á su manceba
Esa frase jamás.

YAGO. ¿Por qué tal hizo?

DESD. No sé; mas nunca merecí tal nombre.

YAGO. No lloréis, no lloréis. ¡Triste suceso!

EMIL. ¿Sacrificó para que así la insulten
Tanto noble partido, padre, patria
Y amistades? ¿Y no quieres que llore?

DESD. ¡Es mi suerte crüel!

YAGO. Pero, ¡Dios mío!

¿Cómo pudo pensar tamaño absurdo?

DESD. ¡Sábelo Dios!

EMIL. Me ahorquen si no creo
Que un vil sin par, astuto, artero, infame,
Embaucador, é insinüante esclavo,
Por lograr una plaza, tal calumnia
No inventó: que me ahorquen si no es eso.

YAGO. ¡Bah! que exista tal hombre no es posible.

DESD. El cielo lo perdone si existiere.

EMIL. Perdónelo la horea; y el infierno
 Sus huesos roa. ¡Meretriz llamarla!
 Con quién? En dónde? Cuándo? De qué modo?
 ¿Es verosímil eso? El más villano,
 El más egregio y miserable pillo
 Al Moro engaña. ¡Ay Dios! ¡cuán bueno fuera
 La máscara quitar á esos canallas,
 Y armar de fastas á la honrada gente
 Para correr desnudos á esos viles
 Desde Oriente á Occidente á latigazos!

YAGO. Habla con más mesura.

EMIL. ¡Maldecidos!
 Sin duda un caballero semejante
 Volvió hacia afuera de tu juicio el forro
 Con el Moro infundiéndote sospechas.

YAGO. ¡Necia, calla!

DESD. Mas, Yago, ¿qué me toca
 Hacer por recobrar al dueño mío?
 Habladle vos; pues, ¡por la luz del cielo!
 Que de perderlo la razón ignoro.
 Vedme postrada aquí. Si vez alguna
 Faltó mi voluntad á su cariño
 En actos, pensamientos ó palabras;
 Si jamás mis oídos ó mis ojos,
 O mis demás sentidos se gozaron
 En otro sér; ó si constante siempre,
 Aunque de sí me arroje y me repudie,
 No lo amo yo, ni resignarme pueda.
 La aspereza sin duda puede mucho,
 Y acaso hiera su rigor mi vida,
 Pero á mi amor no alcanzará. Detesto
 Aun pronunciar de meretriz el nombre.
 Para no merecer ese dictado,
 El auge mundanal despreciaría.

YAGO. Tranquilizaos: su furor provocan
Los públicos negocios; y su saña
Con vos patentizó.

DESD. ¡Fuera eso sólo!

YAGO. No lo dudéis; oíd: ya los clarines
La cena anuncian; la comida esperan
Los mensajeros que Venecia envía.
Id, no lloréis: remediaráse todo.

(Vanse Desdémona y Emilia.)

Entra RODRIGO.

¡Hola, Rodrigo!

RODR.—No veo que me trates bien.

YAGO.—¿Qué ves en contrario?

RODR.—Me entretienes cada día con nuevos proyectos, Yago; y, según ahora estoy viendo, más bien me apartas de lo que me conviene, que me das la más mínima esperanza de éxito. Ya no lo aguanto más, y ni tampoco estoy seguro de que toleraré lo que hasta hoy tan neciamente he soportado.

YAGO.—¿Quieres oirme, Rodrigo?

RODR.—A fe que te he oído demasiado, pues tus palabras y tus actos no tienen parentesco.

YAGO.—Me inculpas injustamente.

RODR.—Te digo la verdad á secas. He gastado más de lo que podía. Las alhajas que te dí para Desdémona bastaban para corromper á una sacerdotisa. Me has dicho que las ha recibido, que me da esperanzas de pronta atención, y que promete correspondencia, pero no lo veo.

YAGO.—Bien, véte; está bien.

RODR.—Está bien, véte. No puedo irme, hombre; y además, no está bien: creo que está muy mal, y comienzo á ver que he sido juguete tuyo.

YAGO.—Está bien.

RODR.—Te digo que no está bien. Veré á Desdémona: si me devuelve mis alhajas, cesaré en mis galanteos y me arrepentiré de mis ilegales asechanzas; si no, ten por seguro que te pediré satisfacción.

YAGO.—¿Acabaste?

RODR.—Sí, y nada he dicho que no tenga intención de llevar á cabo.

YAGO.—Vaya, ya veo que tienes brío, y desde ahora te tendré en más aprecio que hasta aquí. Dáme la mano, Rodrigo. Me inculpas injustamente, pues te aseguro que he obrado para contigo con la mejor buena fe en este asunto.

RODR.—No ha aparecido.

YAGO.—Concedo que no ha aparecido, y que tus sospechas no dejan de tener fundamento y de patentizar tu agudeza. Si hay en tí eso que ahora más que nunca tengo motivos para creer que tienes, es decir, intención, pujanza y valor, muéstralo esta noche: si á la siguiente no lo logras á Desdémona, échame de este mundo á traición é inventa máquinas para destruir mi vida.

RODR.—Veamos, ¿qué es ello? ¿Es razonable y hacedero?

YAGO.—Se han recibido órdenes especiales de Venecia para que Casio ocupe el puesto de Oteló.

RODR.—¡De veras! Pues entonces Oteló y Desdémona tendrán que volver á Venecia.

YAGO.—¡Oh, no! Él se va á Mauritania y se lleva á la hermosa Desdémona, á menos que su permanencia aquí no se prolongue por causa de algún accidente; y nada puede contribuir para este fin tanto como la desaparición de Casio.

RODR.—¿Qué das á entender con su desaparición?

YAGO.—¡Vaya! incapacitarlo para que pueda ocupar el puesto de Oteló. Echarle fuera los sesos.

RODR.—¿Y eso es lo que quieres que yo haga?

YAGO.—Sí tal, si quieres servirte y vengarte. Esta noche

cena con una mujerzuela, y allí iré á verle. Aun no conoce su buena fortuna. Si te pones en acecho para cuando vaya á la casa (yo haré que sea entre doce y una), puedes hacerlo á tu gusto. Yo me hallaré cerca para ayudarte, y entre los dos caerá. Vamos, no pongas esa cara de asombro. Sígueme y te demostraré lo necesario de su muerte de modo tal, que te verás obligado á dársela. Ya es hora de cenar, y la noche avanza.

RODR.—Es necesario oír más razones para esto.

YAGO.—Y te satisfarán. (Vanse.)

ESCENA III.

Entran OTELO, LUDOVICO, DESDÉMONA, EMILIA
y acompañamiento.

LUD. Que más no os molestéis, señor, os ruego.

OTELO. Perdonad. Pasearme me conviene.

LUD. Señora, buenas noches y mil gracias,

DESD. Bien venido.

OTELO. (A Ludovico.) ¿Saldremos?—¡Oh, Desdémona!

DESD. Señor.

OTELO. Márchate al lecho de seguida:
Vuelvo al punto. Despide á tu doncella:
Que lo hagas.

DESD. Lo haré.

(Vanse Oteló, Ludovico y acompañamiento.)

EMIL. ¿Qué tal? Parece

Hallarse más tranquilo.

DESD. Incontinenti

Dice que ha de volver, y me ha mandado

- DESD. Sentada á la sombra del gran sicomoro,
Cantad, verde sauce;
Esconde en su falda su frente y su lloro.
Cantad, sauce, sauce;
La fresca corriente sus ayes murmura,
Cantad, sauce, sauce;
Ablanda su llanto la roca más dura.—
Guarda esto.—
Cantad, sauce, sauce.—
Despáchate, te ruego. Pronto vendrá.—
Cantad, verde sauce, seréis mi corona...
No sigue eso, no.—¡Escucha! ¿Quién llama?
- EMIL. Es el viento.
- DESD. Que nadie lo inculpe: mi amor lo perdona.
Cantad, sauce, sauce;
De falso lo acuso; respóndeme fiero,
Cantad, sauce, sauce;
Que muchas te quieran si á muchos yo quiero.
Véte, pues. Buenas noches. ¡Cuál me escuecen
Los ojos! ¿Eso lágrimas augura?
- EMIL. No; nada implica.
- DESD. Pues que «sí» se dice:
¡Ay, qué hombres, qué hombres! Díme, Emilia,
En conciencia, ¿tú piensas que hay mujeres
Que vendan de ese modo á sus maridos?
- EMIL. Algunas hay sin duda.
- DESD. ¿El mundo entero
A una acción semejante te indujera?
- EMIL. ¿No os indujera á vos?
- DESD. No; te lo juro
Ante la faz de esa celeste antorcha.
- EMIL. Ni ante la faz tampoco yo lo haría
De esa celeste antorcha; más á oscuras...
- DESD. ¿Pero tú hicieras por el mundo entero

Tal acción?

EMIL. ¡Es el mundo cosa grande!

Es gran beneficio

Por tan leve vicio.

DESD. A fe que creo que tal no harías.

EMIL.—A fe que creo que lo haría, y lo desharía después de hecho. ¡Vaya! no lo haría por una sortija, ni por una vara de lienzo, ni por vestidos, enaguas ó tocas ú otras frioleras. Pero por el mundo entero... ¡Vaya! ¿quién no adorna á su esposo para hacerlo rey? Corriera el riesgo de ir al purgatorio por eso.

DESD.—El cielo me maldiga si por el mundo entero cometiera yo tal falta.

EMIL.—¡Vaya! La falta es una falta en el mundo, y teniendo una al mundo por suyo, es una falta en el mundo de una, y puede pronto arreglarse.

DESD. No creo que exista semejante mujer.

EMIL. Sí tal, una docena; y si me apuran,

Bastantes hay para llenar el mundo.

Mas pienso yo que es culpa del marido

Si peca la mujer; ya porque falten

Á sus deberes ellos; porque arrojen

Nuestros tesoros en ajenas faldas;

O porque ardiendo en miserables celos

Nos opriman, ó acaso nos golpeen,

Ó inquieran sin piedad nuestro pasado.

¡Vaya! tenemos hiel; y, aunque piadosas,

Un poco de venganza nos agrada.

Que sepan los maridos que, cual ellos,

Inteligencia tienen sus mujeres;

Que ven, que huelen, que lo dulce y agrio

Como cualquier marido saborean.

¿Por qué por otras olvidarnos suelen?

¿Es diversión? Tal vez. ¿O por ventura

De la pasión estímulo violento?
Tal vez. ¿Quizás fragilidad tan sólo?
Tal vez también. ¿Y acaso divertidas
No somos y también apasionadas
Y frágiles cual hombres las mujeres?
Prudentes obran, pues, si nos complacen,
Que nuestras faltas de sus faltas nacen.

DES. Buenas noches, Emilia. Buenas noches.
Nunca en copiar del mal el mal me empeñe;
Dios con el mal á ser mejor me enseñe.

(Vanse.)